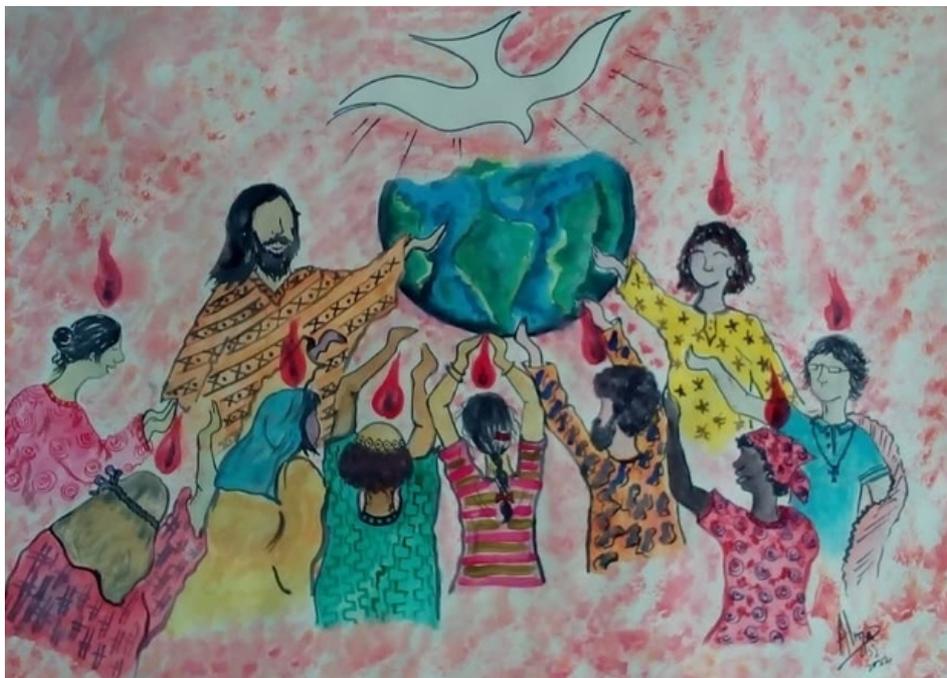


VII AG 05

MISIÓN COMPARTIDA



PREPARACIÓN VII ASAMBLEA GENERAL

CAMINO FORMATIVO

2

HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ

VIDA Y MISIÓN COMPARTIDAS

Laicos y religiosos hoy

Tomado del libro de José María Arnaiz

INTRODUCCIÓN

Este segundo documento se centra en los temas:

- La Misión Compartida.
- Niveles de la Misión Compartida.
- Quién nos convoca a la Misión Compartida y para qué.
- Algunas preocupaciones.
- La educación como campo para cultivar la Misión Compartida.

METODOLOGÍA

Lee el material, a nivel personal o en grupo de Hermanas y/o laicos, según se haya acordado.

- Subraya lo que te llame la atención.
- Comparte las preguntas.

LA MISIÓN COMPARTIDA

En las últimas décadas, los institutos de vida religiosa se están acostumbrando a hablar de «misión compartida», y más como una evidencia que como un problema, y su estudio se ha planteado tanto en el nivel teológico como en el práctico. La expresión está teniendo mucho éxito y se ha convertido en una de las claves para entrar y explicar lo que es o debe ser en el futuro el gobierno, la formación, la visión y la misión, la vivencia de la espiritualidad y la vida comunitaria de los institutos religiosos. No obstante, existe el peligro de transformarla en un simple eslogan al que se recurre sin tener conciencia de lo que implica o del que huimos cuando nos damos cuenta de que es enormemente exigente. El hecho de trabajar juntos religiosos y laicos en una tarea, del tipo que sea, no equivale necesariamente a estar compartiendo una misión. Para que podamos hablar de misión compartida, los actores tienen que estar situados en un contexto relacional y dialogal; para todos ellos, esa tarea tiene que ser respuesta de una llamada escuchada y objeto de un envío recibido. Al vivir desde la fe concluimos que la tarea viene de Dios y el envía.

Misión compartida es mucho más que una cierta funcionalidad estratégica nacida de la oportunidad. Compartir la misión es dar un valor suplementario a la misión de la Iglesia, ya que es la misión la que nos hace confluír y, por supuesto, convivir y complementarnos. Ese convivir creará lazos de amistad, de colaboración y de convivencia que permitirá potenciar significativamente la misión. En este contexto de amistad se precisan mucho mejor tanto los servicios como las identidades, ya que nos lleva a desembocar en la realidad de la comunidad.



De ahí se parte y se llega con mucha espontaneidad a desplegarse en la auténtica colaboración. Esto es una real necesidad vital. Así, la misión es más misión y la comunidad es más comunidad. Pero el punto primero y el lugar primero en el que nos encontramos laicos y religiosos es en la misión. De ahí partimos para hacer la andadura que soñamos y en parte ya vivimos.¹⁸

La misión así entendida es, en su sentido mas fuerte y original, la misión de Dios, del Padre; Jesús es el enviado y el enviador, y de él viene el gran proyecto del Reino que él mismo nos presenta. Él fue el enviado del Padre y es el primer misionero. Se nos recuerda en el Evangelio que a la misión del Hijo sigue, sin solución de continuidad, la misión del Espíritu. Él hace memoria constantemente de la misión de Jesús; nos evoca y provoca constantemente esta misión. Los cristianos estamos llamados a participar en la misión del Espíritu, que se manifiesta en los carismas más diversos y con ellos se vigoriza y energiza la Iglesia (1 Cor 12,7). De esa fuente arranca la misión compartida de religiosos y laicos, y con esa misión primera y fundamental del Padre engancha la misión compartida nuestra, y ella nos reúne, y estando reunidos somos enviados en misión.

En la presentación del tema «misión compartida» se está viendo, como ya hemos dicho, que más que un problema es una oportunidad y un desafío. Su estudio pide precisión teológica y también acierto en las aplicaciones en el nivel práctico. Es necesario estudiar la expresión y la realidad en clave teológico-pastoral. Bien podemos afirmar que es un tema delicado para la vida religiosa y el laicado, como lo ha sido y lo es el de la opción por los pobres.

1. NIVELES DE MISIÓN COMPARTIDA

Vamos a entrar ahora en algunas precisiones que son fruto o exigencia de caminos recorridos. Es bueno que los institutos religiosos junto con los laicos diseñen los diferentes escenarios y el mapa de los distintos modos de comprometerse con el carisma, ya que ello puede contribuir a ofrecer distintas expectativas a las personas laicas o religiosas. En general se pueden encontrar

18 "La misión se está convirtiendo para muchos laicos y no pocos miembros de la vida religiosa en lugar de encuentro, de convocación. Laicado y vida religiosa se sienten movidos en la misma misión y no solo se hallan fácilmente coexistiendo en ella. Misión compartida no es sinónimo de funcionalidad estratégica y oportunista en tiempos de penuria por bien de la misión, sea la protagonizada por la vida religiosa o por el laicado. Compartir la misión es darle valor añadido a la misión de la Iglesia, justamente por pivotar sobre la alianza entre agentes eclesiales distintos", F. J. Ruiz, "Misión compartida, un camino eclesial de encuentro entre el laicado y la vida religiosa", en Confer 197 (enero-marzo 2013), p. 86.

cuatro tipos, y en parte diría cuatro niveles de misión compartida y también de vida compartida. Hay distintos modos de entender y de expresar tanto la vida como la misión compartida. Usamos en parte la terminología propuesta por José Cristo Rey García de Pareces. Estos varios modos están entrelazados, pero no hay duda de que el tercero significa más y es más que el primero y el segundo, y el cuarto nos sitúa en la mejor óptica.

- La *coadjutoría*. Eso se da cuando los laicos son llamados a ofrecer servicios puntuales; son únicamente meros «coadjutores» de las tareas de los institutos religiosos. Ayudan y acompañan a los religiosos en las obras que ellos tienen y llevan adelante. Esto ha predominado en el pasado de la historia de la vida de la Iglesia y se sigue dando en nuestros días. En este modo se está lejos de la misión compartida y el compromiso mutuo es pequeño.

- La *colaboración*. Los laicos son llamados a participar de la misión y en los compromisos pastorales de las congregaciones de manera cualificada; pero el instituto se reserva el derecho a diseñar la línea que hay que seguir; es dueño y responsable último de todo. Es un paso más, pero no es la meta. En esta nueva manera se supone que son escuchados en sus propuestas y que las hacen desde la óptica de una acción compartida. Los laicos son colaboradores de los institutos religiosos. Esa colaboración es más estable, intensa y significativa que la de los "coadjutores". Quienes la llevan a cabo se sitúan en un nivel más cercano a los que piden colaboración.

Permite llevar adelante la misión de los institutos, y en algunos casos con una dosis de mucha generosidad por parte de los que reciben y dan la colaboración. No es un compromiso menor, pero tampoco es misión compartida en su sentido pleno. La tenemos que considerar como un nivel mayor del que describíamos en el apartado anterior de comprometerse con el carisma. Es deseable que se llegue a dar un paso más, y que el interesado quiera implicarse más y mejor, y que su intención sea bien acogida, en nuestro caso por los religiosos.

- La *coparticipación*. Con todos estos pasos se trata de que todas las formas de la vida de la Iglesia vayan progresando hasta querer y poder formar, religiosos - laicos, un «único sujeto apostólico y espiritual» en pie de igualdad. Los laicos, por su llamada y vocación carismática, son "parte de", participan en todo. Se puede afirmar que forman un "sujeto carismático" que moviliza la vida y la misión conjunta. Laicos y religiosos deciden, proponen y representan juntos. Cada uno aporta sus diferencias y aspectos originales, y así se complementan. Los laicos asumen responsabilidades y los religiosos las comparten. Todo ello es posible cuando se ha llegado a una integración carismática.

Este tercer paso es nuevo; de él se tiene poca experiencia y mucha necesidad. Es exigente para los laicos y no menos para los religiosos y religiosas. Nos lleva a un panorama totalmente diferente del actual. La exigencia pasa por vida compartida; es decir, vida de oración, palabra de Dios compartida, convivencia, tiempo de descanso, actividades, formación y recursos compartidos. Por supuesto implica misión compartida.



- La compañía. Algunos laicos y religiosos se convierten en verdaderos compañeros de la misión y compañeros en la vida. Esta relación nace de la pertenencia a la misma comunidad. Forman parte de un cuerpo apostólico de seguimiento de Jesús. Ahí nacen y se desarrollan lazos de amistad, y con esos lazos la amistad se potencia. En buena parte, la misión compartida es causa y consecuencia también de un entretrejo de afectos. Con ella entramos en una aventura humana en la que los protagonistas son compañeros amigos.¹⁹ Por una parte, la misión compartida lleva a la vida compartida, y la vida compartida a la misión compartida. Enrolarse en la misma aventura apostólica y espiritual crea lazos, amistad, afecto; nos hace a todos compañeros. En la verdadera amistad se clarifican mejor los servicios y las identidades. No hay duda de que en la amistad, la compañía y la sana colaboración, la misión no solo es más productiva, sino que es más misión. Así hacemos más y somos más. Nos acercamos y compartimos la compañía.

Como ya hemos dicho, el carisma y la misión no es propiedad ni de los laicos ni de los religiosos; es de Jesús, que convierte en misión y nos convoca a todos. Y todos debemos ayudarnos unos a otros desde nuestro carisma a seguir la misión de Jesús, el proyecto del Reino. Nos toca sacar a los laicos de la pasividad, y para ello nada mejor que convertirlos en ejecutores, en compañeros de ruta.

La compañía auténtica pide vinculación. Por supuesto, Jesús no llamó a los que incorporó a su misión «siervos» ni «colaboradores»; los incorporó a su grupo y a su comunidad de vida apostólica. Los llamó «amigos» y les consideró capaces de amarse con profundidad (Mt 23,2-12; Jn 15,14-15). *La misión ejercida en amistad ya dice mucho en sí misma al autentificar lo que se pretende anunciar y significar. La amistad vendría a ser como el sacramento de la misión compartida, ya que la significa y la ejercita.* De este modo, la misión se convierte no tanto en anunciar un mensaje cuanto en difundir un amor que primero ha sido acogido en el corazón y que se contagia a todos. La verdadera misión, nos recuerda santa Teresa del Niño Jesús, es poner en el corazón de la Iglesia el amor. No es poco. Ello supone acompañar y acompañarse.

¹⁹ «La misión compartida no es seguimiento sin comunidad. El laicado y la vida religiosa no son simplemente aliados; en la misión acaban constituyéndose lazos amicales y, precisamente por esos lazos, la misión se potencia. Cada vez es más evidente que la misión compartida es fuente de comunidad cristiana, y que a esa comunidad cristiana acabamos prestando pertenencia y compromiso renovado para la misión», *ibid.*, p. 97.

Para ahondar en estas formas de interacción hay que poner nombre a las posibilidades y dificultades que presentan estos procesos que se producen en la misión compartida, prestar atención a sus principales expresiones y definir las adecuadamente: colaboración, misión compartida, familia evangélica o carismática. Palabras, por lo demás, que corresponden a procesos todavía no acabados y que tienen grandes desafíos teológicos y pastorales por delante. Al comenzar a hablar así hay que llegar a la integración carismática y también a la jurídica y organizativa. Esta opción institucional exige de todos, religiosos y laicos, una renovada visión eclesial, un discernimiento constante y un gran respeto a la diversidad dentro de la unidad y a la comunión dentro de una familia carismática.

El carisma, en su dimensión de espiritualidad, supone radicalidad en el modo de vivir algunas páginas del Evangelio o dimensiones de la vida de Jesús. Puede pasar por una gran intensidad en la oración o la fraternidad, en la austeridad o la solidaridad, en la alegría o la esperanza, en la pasión o la resurrección de Jesús. Si fijamos la atención en la misión, hablaremos de la hospitalidad, la evangelización, la educación o la salud. Estos acentos son un don del espíritu laical y religioso, y ningún grupo puede reivindicar para sí el derecho absoluto de propiedad del mismo. Desde esta óptica debemos adentrarnos en la clave teológica de la misión y vida compartida, y especialmente en la clave de dicha misión y vida. Bien podemos afirmar desde el inicio que la necesidad para muchos de un cambio de mentalidad es una auténtica urgencia; hay que proceder antes de que sea demasiado tarde.

Como toda novedad, también en la vida y misión compartida se precisan superar dificultades y responder a interrogantes diversos que surgen y que deben ser reflexionados.²⁰ En particular, los riesgos y tentaciones más presentes en la vida y misión suponen delegar, potenciar la vocación, intensificar la confianza recíproca, potenciar el espíritu de carisma, intensificar la interrelación de autoridad y poder, interrelacionar los ámbitos profesionales y religiosos, cuidar la revisión y evaluación, compromisos apostólicos conjuntos, juntar recursos económicos compartidos, llegar a una oración y espiritualidad potenciada mutuamente. Todo ello nos lleva a hablar de corresponsabilidad en una misión común; la propia de compañeros en la misión. Esa compañía y corresponsabilidad, como veremos más adelante, implica mutua injerencia en la planificación, toma de decisiones, ejecución y evaluación. Normalmente, para los laicos, las tareas en las que se concreta su misión son más amplias que las de los religiosos, y sobre todo las de sus obras.

20. «La tarea no es fácil, pues implica una metacognición respecto a como vivimos nuestra propia vocación, y en este sentido aún hay una disparidad con la profundidad de esta reflexión en la vida religiosa respecto a su desarrollo en el laicado. No obstante lo anterior, para todos nosotros es un desafío mayor compartir este pathos, pues implica estar dispuestos, ambos, a abrir la intimidad, con todo lo que aquello implica», C. BUSTOS, a. C.

En nuestros días, la expresión o expresiones del carisma han sido reformuladas y profundizadas, y así suele hablarse ya de «compartir carisma y misión». Son los institutos de vida consagrada, particularmente los que conocemos como de «vida activa», y más en concreto los dedicados a la tarea educativa, los que han ido popularizando y llenando de contenido estas expresiones que estamos analizando.

La misión compartida esta siempre abierta a nuevas inclusiones, sean de sexo, raza, cultura, confesión... Situarse en clave de «misión compartida» es propio de una Iglesia «católica» en el sentido mas etimológico de la palabra: Iglesia «según el todo». No es católica aquella misión que solo se plantea desde «la parte», desde la parcialidad y la unilateralidad. Este estilo inclusivo es el que hace que toda misión sea común, y en él hay que coincidir para que sea tal. Es aquí donde la misión de la Iglesia conecta con la misión compartida de la humanidad. Lo descendente corresponde a lo ascendente, la *missio Dei** conecta con la *missio humanitatis**. Y dentro de ese conjunto, las familias carismáticas «en misión compartida» contribuyen a la vida y misión multicolor de la Iglesia y la humanidad.

Recorrido ya un buen trecho del largo camino que es la misión compartida entre laicos e instituciones religiosas, queda todavía ciertamente mucho trayecto para andar. Con todo, al contemplar lo avanzado es provechoso examinar motivaciones, intereses y dinámicas para favorecer lo bueno y destilar todo lo menos puro. Porque es un sendero sembrado sin duda de riesgos, tentaciones y desafíos, y el gran reto, por encima de determinados frutos concretos, es conseguir «que su amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis aquilatar lo mejor para ser puros y sin tacha para el día de Cristo» (Flp 1,9).

La conciencia del papel insustituible de los laicos en la vida de la Iglesia, tanto *ad intra* como *ad extra*, empezó a crecer de forma significativa en la década de los años treinta del siglo pasado, con la progresiva institucionalización de la Acción Católica. Por esos años hubo un primer despertar del laicado. La delicada realidad sociopolítica de Occidente de los años que siguieron apagó ese primer fuego. En la década de los cincuenta, con la celebración de los dos primeros congresos mundiales de apostolado de los laicos, el fuego rebrotó y siguió creciendo. En el primero de esos congresos, que tuvo lugar en 1951, ya se apuntó la necesidad de cambiar el término «colaboración» por el de «participación». Se quiere expresar mejor el carácter de corresponsable, y no tanto de mero «ayudante», del laico en la única misión de Cristo compartida por todos sus discípulos. A partir de entonces se han dado pasos importantes, pero el más decisivo fue la vuelta a una eclesiología de comunión que el Concilio Vaticano II impulsó y que responde mejor al espíritu de los orígenes: «Todos los creyentes

**Missio Dei* es un término teológico cristiano latino que se puede traducir como la "misión de Dios" o el "envío de Dios".

**Missio humanitatis* hace referencia a la misión humanitaria que realiza la Iglesia.



vivían unidos y tenían todo en común» (Heh 2,44); «siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos» (Flp 2,2). Fue significativo el aporte de Puebla. El hilo conductor del Documento final coloca la comunión y la participación como las realidades más fuertes y los desafíos mayores de la vida de la Iglesia de la década de las setenta y ochenta. Esta propuesta pastoral tuvo mucha repercusión, sobre todo en América Latina. Para no pocos, esta dimensión era el necesario complemento de una teología de la liberación completa. Nos liberamos «de» todo lo que nos oprime «por» la gracia que nos llega; no se puede hacer esa liberación integral solo, sino «con» los otros, y «para» entrar en la comunión salvadora, y así se restablece la justicia y se continúa el proceso de salvación.

Está claro que el camino por recorrer todavía es largo. Se ha avanzado, pero queda mucha tarea por delante, y no solo porque estamos todavía en «tiempos de recepción» posconciliar, sino porque se trata de un tema sujeto a discernimiento, ya que donde hay relaciones interpersonales hay «vida» e intereses, unos legítimos y otros no tanto, que es recomendable revisar bien para potenciar en el caso de que sean buenos, o bien para purificar en el caso contrario. Además, el proceso implica transformaciones sociales.

De las experiencias que poco a poco se van teniendo en el campo de esa misión compartida entre laicos e instituciones religiosas se pueden señalar algunos puntos particularmente delicados a los que es importante prestar especial atención. Indicaremos de forma genérica unos cuantos, intentando subrayar los riesgos y tentaciones más habituales presentes en toda vinculación de este tipo. Esta evaluación está inspirada, y en parte tomada, de un estupendo artículo de Javier de la Torre Díaz y María Dolores López Guzmán.²¹

2. RECORDAR QUIÉN NOS CONVOCA A LA MISIÓN COMPARTIDA Y PARA QUÉ

Nos convoca el Señor y nos envía en misión el mismo Señor. A él seguimos y servimos por encima de cualquier otra mediación, por muy necesaria que sea. Con alguna frecuencia suele ocurrir que los religiosos tienden a adueñarse de la misión o del carisma en el que se concreta la misión. Los laicos, a su vez, como revancha a los tiempos pasados, en los que han sido demasiado ninguneados, reaccionan como si fueran los únicos y auténticos "renovadores" de la Iglesia, a la que, por lo demás, quieren devolver su original frescura. Se debe evitar que unos u otros quieran destacarse, y se tiene que buscar devolver al Señor el lugar original y originante de todo.

21. J. DE LA TORRE DÍAZ / M. D. LOPEZ GUZMÁN, «Creciendo en conocimiento y todo discernimiento. Retos en la misión compartida», en *Sal Terrae* (junio 2011), pp. 495-507.

A) SITUAR ALGUNAS PREOCUPACIONES

Desde que comenzó este movimiento, uno de los puntos más delicados ha sido la interrelación laico - institución de vida religiosa. Este nexo de unión es decisivo para identificar la relación y para concebir la misión. Establecer bien esta relación es de vida o muerte en el tema que nos ocupa. Tenemos por delante la meta: llegar a una adecuada explicitación de lo que supone pasar de trabajar los laicos «para» los religiosos a trabajar «con» los religiosos en una obra común. Este giro y este cambio de proposición es decisivo. Ello les supone al religioso y al laico:

- *Saber delegar.* El religioso no debe hacerlo todo, ya que la misión no es suya. Forma parte de su obligación potenciar los dones de los laicos y ayudarles a ocupar el espacio que les corresponde en el bien común. Esto no es fácil. A veces hasta se llega al conflicto. Tantas veces el laico termina siendo más un ejecutor de órdenes que un sujeto con capacidad de decisión. Por otra parte, también el laico se maneja con un deseo desordenado de estar en los lugares que antes no pudo ocupar y con una manifiesta pretensión de control y poder.²²
- *Saber potenciar cada vocación.* La buena participación no debería dar como resultado, como ya hemos visto, la confusión de las distintos estados o formas de vida, sino el enriquecimiento que viene de las originalidades de cada uno. Se tiene que evitar tanto la clericalización de los laicos como la laicización de los religiosos. El laico no es un religioso que se quedó a medio camino ni el sacerdote tiene para qué convertirse en un laico camuflado. Buena es la alerta de san Pablo: «Mirad no ayudéis mutuamente a destruirnos» (Gal 5,15). Lo ideal es que cada vocación, al mirarse en el espejo del otro, se reconociera más y mejor en lo que es propio.
- *Saber complementarse en la acción.* Algunos lo llaman ahora competencia para trabajar en equipo. Y equipo es el grupo de laicos y religiosos que se integran para una misión compartida. A unos y otros les toca entrar en la dinámica propia del grupo de vida y de trabajo.

Se trata de participar con Cristo, por él y en él en su misión, y desde las diversas condiciones en las que estamos cada uno. Dicho de una manera propositiva, esta mutua y rica relación supone lo siguiente.



22. «Para edificar la casa común solidariamente es necesario, además, que sea depuesto todo espíritu de antagonismo y de contienda y que se compita más bien en la estima mutua, en el adelantarse en el recíproco afecto y en la voluntad de colaborar, con la paciencia, la clarividencia y la disponibilidad al sacrificio que esto a veces puede comportar» (ChL 31).

B) CULTIVAR LA CONFIANZA RECÍPROCA

No puede faltar la confianza para que esta mutua relación que llega hasta la participación pueda darse y funcione bien. No se debe dar por supuesto. No es fácil que la confianza se dé y, cuando existe, hay que cultivarla y favorecerla.

Para ello, como toda buena planta, precisa un buen suelo. La confianza necesita nuestra fe, nuestra esperanza y, por supuesto, nuestro amor. «Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe» (2 Tim 1,12). Por supuesto que uno no puede delegar en otro sin un mínimo conocimiento previo que tenga las cualidades de seriedad y profundidad. Los religiosos tienen en su formación un tiempo largo en el que llegan a curtir su fe y en el que pasan por verdaderas «probaciones». También tiene que existir lo mismo para los laicos, de tal forma que se afirmen en su capacidad de recibir y de dar confianza. Esta formación no puede faltar. Un deseo excesivo de promocionar a los laicos sin darles la debida formación no trae buenas consecuencias. Este punto es muy delicado, especialmente en el caso en el que los laicos ocupen lugares preeminentes en una comunidad o una institución.

Promocionar sin capacitar no hace bien ni a laicos ni a religiosos. La confianza hay que ganarla cada día, y tanto los religiosos como los laicos. No son pocos los motivos que a veces tienen los laicos para desconfiar de los religiosos. El recelo puede nacer en los laicos, porque los religiosos no entienden la realidad del mundo, o en los religiosos, porque los laicos no logran dar prioridad a Dios en su vida. Cuando la desconfianza es mayor que la confianza, comienzan a darse las agendas ocultas, la información tergiversada y las relaciones difíciles.



C) MANTENER EL ESPÍRITU DEL CARISMA

Reto importante es lograr que perviva el carisma fundacional, que ocupe un lugar frontal en las personas y en las instituciones en las que los laicos van a participar, y que lo permee todo. Este aspecto es fundamental. Si falta la presencia viva del carisma, surgen toda clase de dudas y suspicacias. Los carismas ayudan a que surja vida, a que se edifiquen y reaviven las instituciones, a que la acción del Espíritu sea fecunda. Es verdad que los religiosos aportan pasado y fueron depositarios y conservadores durante décadas o siglos del carisma. *Pero los nuevos integrantes de la familia carismática, los laicos, logran sacar a la luz aspectos*

olvidados o ensombrecidos, y pueden llevar a una reinterpretación del mismo carisma y a una auténtica refundación del grupo. Así es, ya que todo esto lleva a replantear la identidad del religioso y también del laico. Los religiosos ya no pueden seguir acaparando santidad, comunidad, misión, espiritualidad, consejos evangélicos... Estas dimensiones las tienen que compartir, y en concreto con los laicos. Así llegamos a nuevas encarnaciones de vida cristiana.

Las dificultades, que no faltan, llevan a que se caiga en dos tentaciones habituales:

- Por parte de los religiosos suele aflorar una actitud paternalista, que a veces puede ser humillante. El paternalismo suele ir acompañado de un tinte de superioridad que hace mal y *que se traduce en un querer enseñar y ser maestro por todos los medios. Desde esa perspectiva, al laico se le considera como alumno y aspirante, y nunca llegará a los niveles del que se considera maestro, el religioso.* Se procede como si en la práctica se tratara de dos tipos de cristianos de diferentes ritmos, ya que se piensa que toda la riqueza carismática ha sido derramada en los religiosos, y sobre todo si son sacerdotes. Estos serían los agentes responsables de la vida y la misión de la Iglesia, y los laicos meros «sujetos receptivos». Este es el tono, bien poco acertado, del documento del Vaticano Instrucción sobre la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes (1997). En él, la referencia es a los sacerdotes, y el tono es el que refleja este párrafo de menosprecio hacia el laico.²³ Todo el documento, que por lo demás no tuvo mucha difusión, marca un claro retroceso en relación con la teología de la comunión, de la Iglesia pueblo de Dios con diversos carismas y ministerios (LG 2) y la revalorización del laicado en el Concilio Vaticano II.

Por parte de los laicos se traduce en un desconocimiento del valor de la tradición, de algo que se ha estado acumulando durante varios siglos de historia. Un laico ascendido a la condición de participante puede creer que ya se las sabe todas y que no necesita a nadie, o puede olvidar que su nuevo rol le exige formación. La peor opción que puede tomar es la de querer crear algo paralelo y olvidar una sana y buena tradición.

- Por parte de unos y otros se da el desafío grande de abrazar con todas sus consecuencias la condición de auténticos compañeros; de aprender de amistad, que es la mejor manera de compartir. Esta dimensión, además de ser meta, es en cierto modo punto de partida.

El carisma siempre tiene que ser un lugar de encuentro, de agradecimiento, de enriquecimiento mutuo y de generoso servicio a las demás. Todas estas dimensiones tienen que estar presentes en laicos y religiosos.

23. *Instrucción*, nn. 5-12.

D)RECONOCER DIVERSAS FORMAS DE AUTORIDAD Y DE PODER

Otro aspecto importante y en el que hay que poner atención es el del poder y la autoridad que entran a actuar de manera distinta en los diferentes participantes de la misión compartida. No es lo mismo colaborar con una institución que pertenecer a ella. Los tradicionales modos de pertenecer a una obra son muy variados: hacer catequesis en ella, animar la oración, conducir una comunidad o grupo, enseñar como profesor en un colegio, llevar una casa de ejercicios espirituales, ocupar puestos de dirección en una obra, apoyar en la gestión económica... Con mucha frecuencia, el laico debe aceptar que hay un margen de responsabilidad, y por tanto de decisión que pertenece en último término a la Congregación, y está en manos del que gestiona la obra o del Provincial.

Con todo, no conviene olvidar que el laico no debe perder su genuina vocación y la colaboración no se debe reducir al hecho, aunque importante, de que el laico participe en la misión de la institución religiosa. El tiene que desarrollar su misión en el mundo. Por tanto, toda «obediencia» y activa participación se tiene que dar en un marco de diálogo básico y fraterno. En ese mundo hay especiales voces que se levantan y llegan hasta los laicos: anunciar a Jesús como buena noticia y a través del testimonio, y una pasión por el mismo Jesús y por la humanidad; denunciar y comprometerse a luchar por la equidad y la solidaridad, que sacará de la pobreza; educar en el respeto a la creación; favorecer la igualdad de sexos y la diversidad cultural, generacional, religiosa y étnica; erradicar las causas de la exclusión y explotación de las personas por una seria acción sociopolítica; desarrollar la solidaridad entre los pueblos y más allá de las propias fronteras; atender a las periferias de las ciudades, favorecer y participar en los medios de comunicación social...

E)EXAMINAR LA INTERRELACIÓN ENTRE EL ÁMBITO DE LO PROFESIONAL Y EL DE LO RELIGIOSO

La colaboración no puede olvidar que en una institución cuyo titular y responsable es una congregación religiosa hay cierta autonomía de las realidades terrenas, de determinados valores y normas de la sociedad que tienen una real soberanía en relación con lo religioso. Del mundo laico se tiene la aportación de saber marketing, historia, diseño gráfico, coaching, informática, gestión, economía, filosofía, sociología y muchas otras cosas. Así llegamos a un punto delicado: la contratación de personal, las condiciones laborales, la promoción profesional e incluso los despidos se deben hacer con criterios profesionales cuando se está



hablando de misión compartida. Los «hijos o hermanos del dueño,, sean quienes sean, no deben tener más privilegios que el de servir más y mejor, y más desinteresadamente. No hay duda de que la misión compartida incluye también el cuidado de las condiciones laborales. Todo esto se lleva a cabo de la mejor manera, ya que nos encontramos ante un aspecto delicado. No se puede olvidar que no habrá frutos evangélicos desde las instituciones si no hay un buen cuidado por las mínimas condiciones de justicia.

Cuando esto se da, se puede dar un paso más y presentar la institución como una comunidad familiar y destacar el espíritu de familia, y asumir un «compañerismo creativo». Los laicos pueden aportar mucho en el compartir la realidad de la familia, ya que algunos viven con gran intensidad la vocación familiar. Recuperar la realidad y condición familiar ayuda a recuperar muchos valores y a ponerse de una manera intensa al servicio de la vida.

No hay que dejar de indicar la dificultad de algunos laicos para vertebrar su compromiso eclesial con el auténtico liderazgo de las instituciones. No es fácil llegar a instituciones marcadas por la estabilidad y la profundidad de la misión. Hay ejemplos en los que esto ha sido posible y se han dado en el campo de las universidades, editoriales, colegios, obras sociales, centros de desarrollo... Cuando se integra lo profesional y lo carismático, el fruto bien puede ser multiplicador para los dos aspectos y para el conjunto.

J) REVISAR Y ACTUALIZAR LOS LUGARES CONCRETOS DE MISIÓN

Con mucha frecuencia hay una deficitaria presencia de laicos comprometidos en los diversos ámbitos de la vida pública. Los espacios en los que tradicionalmente hemos expresado la fe en la vida ordinaria se han ido reduciendo o desapareciendo. Con todo, se acepta y reconoce la presencia de la Iglesia en la educación, la acción social, las hospitales, las cárceles, las misiones, en lugares de primera evangelización o de nueva evangelización y de promoción humana. A su vez, la presencia y representación de los cristianos en lo político, social, cultural, sindical, medios de comunicación, arte, es escasa, lo cual hace que se llegue a una marginación cultural del cristianismo que a veces comporta agresividad y hasta una cierta extrañeza. Así califican la presencia confesional cristiana en concreto en los medios de comunicación, la política, la economía y la cultura.

No hay duda de que la misión compartida podría llevar a replantear nuevas presencias y nuevos modos de presencia más centrados, menos estridentes, más radicales y más propositivos. La misión compartida nos tiene que conducir a remar mar adentro, a nuevos escenarios evangelizadores, nuevas fronteras, nuevas formas de presencia. Unir fuerzas se transforma en agrandar horizontes y tocar fondo en la respuesta a las necesidades. Nuevas pueden ser en los contenidos, en el método y en los destinatarios, y sobre todo en los responsables de llevarlas a cabo y de animarlas.

Hay un aspecto que no podemos descuidar, y sobre todo si aunamos vida y misión compartida. La misión no es solo trabajo, sino también descanso y ocio compartido; no solo acción, sino vocación y contemplación; no solo palabra, sino también silencio y oración. Hay que cultivar el estar juntos y sin agendas. A veces no se trata de colaborar, sino de acompañar, apoyar, alentar, animar, estar con los otros. Esos espacios de ocio y de fiesta son muy valiosos para conocerse y caminar juntos en la misma dirección. Celebrar juntos laicos y religiosos crea una comunión muy profunda; agradecer y alabar con una misma voz nace de tener puesto el corazón en las mismas metas.

3. UN BUEN CAMPO PARA COMENZAR: LA EDUCACIÓN

No hay duda de que el desarrollo del papel del laicado es uno de los signos y de las tareas de la Iglesia actual. Por otra parte, está claro que en nuestros días las obras, sobre todo las educativas y de salud, no podrían desarrollar su misión sin contar con el apoyo y el trabajo vocacionado de muchos laicos.

La misión educativa en obras de las religiosos no es solo de los religiosos. Los laicos están integrados, cada vez más, en la gestión y animación de los centros educativos y, por supuesto, de la labor pastoral. Ello supone una activa y específica participación en la reflexión y planificación de esa acción pastoral y en los diversos niveles.

Para eso no podrá faltar ofrecer cauces que posibiliten la formación y la preparación adecuada. Este paso es indispensable. Ello supone una formación específica y bien orientada a conseguir ese objetivo.

Esta posibilidad de misión compartida en las obras educativas es, cada vez más, una realidad. Tiene que llegar a ser una gran oportunidad. De hecho, las congregaciones dedicadas a la educación y en los centros educativos fueron las primeras en hacer el cambio de trabajar «para» los laicos a trabajar «con» los laicos. Algunos de estos institutos religiosos tienen una tradición en este campo que viene desde los tiempos de la fundación. Es el caso de las maristas, los marianistas, los Hnos. de la Salle o las Hnas. de la Sagrada Familia de Burdeos. Otros, por necesidad o por inspiración del Espíritu, se han puesto en movimiento en las últimas décadas. Varios de ellos, esta experiencia innovadora y valiosa en el campo de la educación la han pasado a las otras áreas de la misión y a otras obras de la congregación.

A todo ello ha contribuido el hecho de haber reforzado así con éxito la pastoral educativa en las obras de este género. La escuela católica comparte la misión evangelizadora de la Iglesia y es lugar privilegiado para la educación católica cristiana (EC 11). La escuela es lugar adecuado para desarrollar un proyecto educativo integral e impregnado de los valores evangélicos. Los transmisores de estos valores son los educadores, religiosos y laicos. Su acción viene y pasa a través de su vocación particular, manifestada en el ejercicio serio de su profesionalidad, su talante personal y su testimonio de vida.

El campo educativo está muy necesitado del aporte específico y conjuntado de los laicos y los religiosos. La oferta que en el momento presente hay que hacer tiene que ser audaz y lúcida, y tanto en el contexto de la sociedad globalizada como en el local. Se precisa ofrecer una verdadera alternativa y bien integradora de los diferentes aspectos y dimensiones de la vida humana y cristiana, y valiosa para el niño y el joven de hoy.

La escuela católica es un buen lugar para que un carisma se haga cultura y para que una cultura quede impregnada y marcada por un carisma. En ella, la transmisión del Evangelio y del carisma congregacional, cuando pertenece a un instituto religioso, es posible tanto a través de los contenidos de la enseñanza como del desarrollo de auténticas competencias cristianas, de actividades que nutren la fe y de una organización y gestión orientadas a formar en la fe y, sobre todo, de unas personas que son auténticos formadores de la fe.

Por supuesto que para ello es indispensable que no falte un buen equipo pastoral que ponga alma en el actuar diario; mejor aún, una comunidad constituida por laicos y por religiosos y animada por laicos o religiosos. En este equipo, los religiosos están llamados e invitados a iniciar en el carisma de la congregación religiosa; los laicos tienen que pasar del rol pasivo o receptivo al rol o tarea activa.

La concepción de una obra educativa como comunidad educativa facilita este espíritu que estamos proponiendo y la participación de los diversos integrantes de la misma. En ella, nadie se tiene que considerar indispensable y nadie prescindible. La tarea es de todos y la participación activa resulta totalmente imprescindible. Pero en una comunidad educativa, para que lo sea auténticamente, se tiene que compartir también la vida, ya que vida es. Más aún, una vez más, solo habrá misión compartida si hay vida compartida.

A los educadores de un colegio católico bien les podemos aplicar el dicho: «Ni son todos los que están, ni están todos los que son». No todos los profesores de un colegio están vocacionados ni llamados a vivir el carisma de la congregación y a participar activamente en la misión de enseñar para educar, y de educar para formar en la fe, y formar en la fe para multiplicar los creyentes. Algunos son buenos profesores y estupendos enseñantes. Privilegian con fuerza su dimensión profesional. Otros son buenos creyentes, pero con poca capacidad para educar y actuar con eficiencia en el campo de la educación. Esta realidad origina no pocos problemas tanto en el nivel personal como en el profesional.



PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR

Después de leer y reflexionar el documento, nos escuchamos unos a otros:

(Que en el grupo haya una persona o dos para recoger la reflexión y la enviarla a la comisión a través del correo: secgral.ctsj@carmelitastsj.org)

1. Compartir lo que te ha llamado la atención. Aquello que has subrayado o el eco que deja en ti la lectura de este 2do documento.
2. Identificar los niveles de misión compartida existentes en tu grupo o comunidad y en qué ámbitos o lugares concretos de misión.